

Gramme, el inventor del dinamo, no servía para las matemáticas, según sus maestros. Para vengarse, decía él, más tarde, cargado ya de gloria: nunca habría inventado mi máquina si para ello hubiera sido necesario que yo entendiera los garabatos del cálculo integral.

Victor Hugo, Emilio Zola, Pérez Galdós, Pierre Loti, Napoleón, Wellington («el más torpe de la clase») y otros que he olvidado, son ilustraciones de la frecuencia con que desaciertan los maestros como calificadores.

¡Y no se hable de las nulidades o medianías que fueron en las escuelas *primeros estudiantes!*

* * *

En enero se conmemoró el centenario de la llegada de *Claudio Bernard* a París y se inauguró en el Colegio de Francia el relicario de este sabio de primera magnitud. Entre las reliquias ocupa el primer lugar el manuscrito original y completo de la obra maestra que se llama *Introducción al estudio de la Medicina experimental*, celebrada por todos los grandes profesores del mundo entero, sin distinción de razas ni de escuelas. Yo no conozco otro éxito parecido.

La gloria de *Claudio Bernard* como fisiólogo y como filósofo científico no ha hecho más que crecer con el transcurso de los años. Por añadidura, todos los aspectos de la vida de *Claudio Bernard* como hombre han resultado hermosos y admirables.

Estando de practicante en una farmacia de Lyon, antes de los 21 años, hizo representar en un pequeño teatro una comedia intitulada *La Rosa del Ródano*. Después, escribió un drama—*Arturo de Bretaña*—con el deseo de hacer justicia cumplida a la raza bre-